

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se piensa en el abanico, nos circunscribimos a lo que por abanico se entiende comúnmente: el de varillas, que puede cerrarse y abrirse. Sin embargo, la idea de agitar el aire para procurarse fresco es tan antigua, probablemente, como la raza humana, y una de las varias cosas que establecen su supremacía sobre las razas animales, aunque el mono imite muy bien la acción de abanicarse, cuando la ve realizada por el hombre. En los países de Oriente y en el África, fué el abanico, no sólo un preservativo contra el calor, sino un signo de autoridad y poder: esclavos solícitos cuidaban de defender del sol y abanicar a los personajes, guerreros y monarcas, con esos abanicazos grandes, de pluma, que se ven en los jeroglíficos de las Pirámides, y en otros textos arqueológicos. Restos de esta forma de la etiqueta antigua persisten en algunas cortes, y en Roma, cuando el Papa es llevado en *silla gestatoria*, al través de las naves de San Pedro, sobre su cabeza revuelan los grandes flábulos de blanca pluma, que hacen el efecto más decorativo.

Pero obsérvese que este abanico sin varillas es tan masculino como femenino: responde a una necesidad común, a la cual se debe su invención. En el abanico de varillas hay algo menos o algo más: una cosa personalísima de la mujer: la coquetería, el encanto que emana de lo femenino, e imprime su carácter al arte.

Procede, sin embargo, el abanico de varillas de países donde, desde tiempo que no podemos precisar, también era usado indistintamente por mujeres y hombres. No debió sin embargo interrumpirse la fabricación de los abanicos que llamaré mangados, puesto que en dos de asunto chino, de mi colección, los encuentro: en el uno, que representa al emperador y la emperatriz solazándose en sus jardines entre músicos, bufones, danzarinas y magnates, dos damiselas hacen ondular, sobre sus cabezas, enormes abanicos de alto mango; y en otro, una dama sostiene graciosamente un abanico rabricorto, del tipo conocido por *pay-pai*.

En la época de los Médicis y los Valois, el abanico es, según puede apreciarse en los museos, un objeto precioso, de alto valor: una placa redonda de oro o plata, de cerco a veces enriquecido con pedrerías o cincelado admirablemente, y bruñido el disco para servir de espejo, o una luna, rodeada de plumas. En aquel tiempo, hay otras muchas clases de abanicos: el de veleta o bandera, el de plumas solas, un penacho multicolor, con mango de oro o plata, y colgado de la cintura por medio de un cinturón también de metal, del cual pende una larga cadena.

Siendo el abanico plegado de origen asiático, en los abanicos de Luis XIV y Luis XV, y aun en los de María Antonieta, se encuentran a cada paso huellas de este influjo, y andan los chinos y chinitas por todas partes.

En tiempo de Luis XIII se usaba ya el abanico plegado, pero quedan de esta fecha tan contados, que el Sr. Lambea, yerno de aquel Serra por cuya casa han pasado, o a restaurar o a vender, los mejores abanicos de España, me aseguró no haber visto sino dos en su vida. El que yo poseo, lo tengo por una feliz casualidad: cierta dama inglesa, perteneciente al cuerpo diplomático, lo tenía ya adquirido; pero hubo de salir de Madrid, acaso precipitadamente, y no recogió su adquisición, que no estaba pagada todavía. El anticuario, honradamente, resistió un año a mis proposiciones, por respeto a la palabra empeñada, y sólo transcurrido ese plazo consentió en que yo recogiese la prenda. Es un abanico de suma elegancia, pero de muy escaso adorno: sobrio hasta lo sumo. Nótese en los padrones la influencia asiática a que antes me referí: dos figurillas chinas los guarnecen. El varillaje, finísimo, ostenta

el típico claveteado, aquí de oro, que se prolonga hasta bien entrado el período de Luis XIV, y tiene esa delicadísima estrechez que también persevera bajo Luis XIV, aunque ya un tanto alterada. El paisaje, por el anverso, representa los jardines de Armida, con sus fuentes, palacios y toldos de ramaje al estilo italiano, y el peinado y traje de Armida y de la otra dama que en gentil barquichuelo guiado por el Amor, boga por el estanque lleno de mágicas fuentes, en traje y peinado son una mezcla de mitología y actualidad (la de la moda de entonces). El reverso dice también la fecha del ejemplar: parece una tapicería de ese tiempo.

Si los Luis XIII pueden considerarse abanicos muy raros, los Luis XIV abundan. Son, al principio, semejantes a los Luis XIII, en lo largos, en lo delgado de las varillas, en cierta escasez de adorno, que no excluye la riqueza; pero ya hay en ellos más complicación. Las pinturas italianas son bellísimas.

Siendo muy largo el reinado de Luis XIV, en él sufre el abanico una evolución, siempre en acrecimiento de su riqueza y lujo, ya que su elegancia nunca podrá superar al Luis XIII.

De los ejemplares más típicos del Luis XIV considero los llamados de *piel de negro*. Una leyenda los rodea; según esta leyenda aterradora, esa cabritilla de grano algo grueso es verdadera piel humana. Yo he visto, en la Exposición de 1900, libros encuadernados en piel humana; tiene el mismo grano, en efecto, pero así y todo no puedo convencerme de que ningún negro haya sido desollado para formar con su dermis y epidermis países de abanico.

En las mejores épocas del abanico, su asunto predilecto es el amor, visto al través de la mitología, o de la fábula literaria. Si es cierto que los Padres misioneros trajeron el abanico de varillas, acaso se arrepintiesen de haber aclimatado en Europa tan profano y galante objeto. Al sucederse dos reinados en que la mujer domina; en que, cada vez más, sus gracias, sus seducciones, enredan la política y contribuyen a la perdición del antiguo régimen, el abanico se convierte en cetro de las favoritas. Aparece el abanico justamente cuando la influencia femenil se hace omnimoda; cuando las damas, primero frondistas resueltas e intrépidas, luego girasoles del radiante sol de Luis XIV, son el resorte de la vida social. Para ellas se construyen los palacios espléndidos, y se celebran las fiestas y saraos y banquetes y cacerías que darán tanto esplendor a la corte del Rey Sol, hasta que el aburrimiento y los achaques le hagan acogerse a la sombra dulce de las tocas de lino de Madama de Maintenón. Aun hastiado y viejo, la mujer es el eje de su vida, la clave de sus actos, el secreto imán que le guía. En su edad viril, viaja en dorada carroza, enorme, en la cual toma asiento entre la favorita de hoy y la de mañana; las cuales, rabiando de celos y de cólera, darian tormento al abanico, que no se les caía de las manos, y que a poco más sería esgrimido como frágil arma.

Así, el emblema del Rey, aquel Sol cercado de rayos deslumbradores, figura desde muy temprano en los bellos abanicos de esta época. Un raro varillaje que poseo, y al cual, por uno de los golpes de suerte que a veces, en medio de tantas decepciones, favorecen a los coleccionistas, he podido encontrar el paisaje más adecuado, ostenta, en medio de delicadas caracolas y pájaros extraños, el emblema de la gloria del monarca francés, aquel astro que hizo palidecer el que no se ponía en nuestros dominios.

Ante todo, obsérvese una circunstancia. Si hemos de atenernos a una de tantas leyendas como corren acerca de nuestro modo de ser nacional, el abanico es prenda que sólo sabe manejar la mujer española; algo como la mantilla, nuestra exclusivamente. Triste será confesarlo, pero no sólo la fabricación de los abanicos nace en Francia y en Italia, sino que en la suntuosa corte francesa es donde se han usado con mayor elegancia y picardía. España, es cierto, ha democratizado el abanico; las manolas lo han rasgado en sus cóleras tempestuosas; pero, al popularizar un objeto, forzosamente pierde dentro del arte; el abanico estético tiene que ser aristocrático. Hacer del abanico una joya hereditaria fué obra de los países donde el refinamiento llegó a todos los objetos de tocador y de indumentaria femenina.

Generalmente, cuando se habla del abanico de lujo, se piensa en el nácar incrustado de oro. Este estilo es del reinado de Luis XV. Los de Luis XIV suelen ser de marfil, muchas veces claveteados de tachuelillas de plata, con incrustaciones de nácar, y a veces, con toques de pintura; también los hay de concha, negra y rubia, igualmente claveteados, con figuras de plata en el varillaje. Claro es que nunca caben afirmaciones exclusivas en materia de abanicos, pues entregados a la inspiración individual de los montadores, el capricho y la novedad son su

gala. Así, siendo el abanico Luis XIV generalmente prolongado, yo he visto uno de reducido tamaño, como los de la época de Cristina, y hasta en la casa de Serra existe uno que medirá de seis a siete centímetros de altura; probablemente un juguete de niña.

Las pinturas y esculturas japonesas y chinas que aparecen en los abanicos de esta época y posteriores, son generalmente obra de artistas occidentales, que pagan así su tributo a los países originarios del abanico de varillas.

De algunos años a esta parte, los abanicos antiguos, que eran muy baratos, relativamente, allá a mediados del pasado siglo, han pegado un salto (como le ha sucedido a todos los objetos de arte, en general, y acaso más a éste, por la facilidad de su transporte). Puede afirmarse que ha cuadruplicado o quintuplicado su coste.

En Madrid existen colecciones muy valiosas: la de la Duquesa de Fernán Núñez, la del Duque de Alba, la de la Infanta Isabel, la de la Princesa Pío de Saboya, la de la señora de Zayas, la de la Condesa de Múnter, etc.

Y ¿por qué — me ha preguntado un periódico satírico — se me ocurre hablar del abanico, cuando *gosa* mos de noches de trece bajo cero?.. Porque las Conferencias que me ha encargado el Ministerio de Instrucción Pública versan sobre el abanico..., y en el salón de actos del Ateneo, las noches en que cumplo este encargo, el abanico no estará de más...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.